

LXII.

La gota de aceite y el pañuelo de cuadros.

Después de que el tío Antonio oyó el grito que se escapó de la garganta de D. Alejandro al ver aparecer al Cura en su cuarto á tiempo que él se encontraba en su aurífera contemplación, el buen portero permaneció algunos momentos en expectativa para ver si se repetían los gritos y acudir adonde sonaran á prestar el auxilio que sus años le permitieran, y á que su empleo de conserje le obligaba. Pero habiendo aguardado en vano algunos minutos, se acomodó lo mejor que pudo en su cama y se dijo.

—Lo soñaría yo.

Cerró los ojos y siguió pensando en Mauricio para que así le sorprendiera el sueño y soñar con su hijo adoptivo.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano para ha-

cer los menesteres de la casa, y como era tan comedido y tan considerado con todos sus inquilinos, acordándose de que D. Alejandro se hallaba sin criada y podría tener necesidad de alguna cosa, subió al cuarto principal para ponerse á sus órdenes.

Empujó la puerta de la habitación y la encontró cerrada.

—¡Habrás rareza!—se dijo—D. Alejandro que es siempre tan madrugador no se levanta aun! ¡Vaya! me le están contagiando los otros; esta es la casa de los dormilones; volveré dentro de media hora.

Y bajó á su portería.

Una vez allí se preparó á ponerle el centésimo remiendo á una de las dos únicas botas que poseía el barba y que al decir del folletinista querido de D^a María de la Cruz pertenecían al género histórico por ser las que para modelo había encerrado Noe en el arca cuando se verificó el diluvio.

El barba, cuando estaba de buen humor, contestaba á esa broma de mal gusto diciéndole al novelista que él entendería de contar mentiras y desmoralizar á sus lectores, si los tenía; pero que estaba rapado á navaja en materia de historia antediluviana, puesto que no sabía que en aquel entonces andaban los hombres descalzos ó con sandalias, y que las botas eran invención muy moderna; y cuando se hallaba con todo lo barba en la cabeza le decía que se guardara de burlarse de él porque inmediatamente que el tío Antonio le devolviese la bota en reposición, tendría el gusto de calzarla y hacerle sentir su fuerza y calidad por medio de un puntapié bien aplicado en parte que parecía hecha á propósito para el objeto.

Con lo que el novelista, que no era afecto á las bromas de hecho, aunque se desvivía por las de dicho, entraba en muda y dejaba descansar al barba hasta que una de sus malhadadas botas tenía que bajar de nuevo á la portenfermería como lla-

maba el poeta en su lenguaje singular á la covacha del tío Antonio.

El digno portero colocó y amoldó lo mejor que pudo y con toda la conciencia de que puede ser capaz un zapatero de viejo, un pedazo de badana colorada teñida de negro con tinta de hierro, sobre el empeine inverosímil de aquella bota que fué de charol en sus primitivos tiempos, y luego igualó el todo y disimuló la costura con capas de bola.

Cerca de una hora invirtió el tío Antonio en tan difícil operación, y cerrando su portería se dispuso á subir al cuarto segundo la bota del barba, prometiéndose de paso preguntar, al bajar, á D. Alejandro si algo se le ofrecía.

Como el barba no temía que le robaran, dormía con esa seguridad que dá la pobreza, sin cerrar con llave su puerta; así es que el tío Antonio, aun cuando estaba dormido su inquilino, pudo entrar á la habitacion y poner al pie de la cama la bota que habia resanado como solia decir en su tecnología especial.

Bajó luego al cuarto principal; empujó de nuevo la puerta de D. Alejandro y la encontró, con [asombro, cerrada; aplicó un ojo á la cerradura y vió que se hallaba á oscuras. Entonces se aventuró á llamar, discretamente primero, para no molestar á los vecinos y mas fuerte despues al notar que sus primeras llamadas no producian efecto.

Nadie respondió.

El tío Antonio recordó el grito que habia oído por la noche, y agregando á ese hecho la circunstancia de que un hombre tan madrugador como D. Alejandro parecia dormir aun á las nueve de la mañana, se convenció de que algo grave habia pasado en la casa y en el cuarto principal aquella noche, y se dirigió al juzgado de paz mas inmediato á la casa, volviendo á poco acompañado del juez y de cuatro alguaciles.

El agente de la justicia, hombre ducho en esta clase de negocios, comenzó por situar á dos de sus ministriles á la puerta de la casa con orden de que permitieran la entrada á todo el mundo y ni á la misma reina dejaran salir si por acaso le ocurría á su Católica Majestad visitar aquella pobre casa, y se dirigió despues con sus otros dos satélites y con el honrado portero á la habitacion de D. Alejandro, á cuya puerta llamó fuertemente á pesar de las súplicas del tío Antonio para que no despertara á los demas vecinos que acostumbraban levantarse tarde.

El sacerdote de Themis no se dignó escuchar al buen zapatero y redobló sus golpes de una manera tal que á cualquiera otra hora habria puesto en movimiento á toda la gente de la casa; pero los inquilinos del tío Antonio, acostumbrados hacia tiempo á levantarse muy tarde, y avezados por ende á los ruidos matinales, no se movieron de sus respectivas camas.

D. Alejandro no respondia ni daba señales de vida, y la cosa iba poniéndose muy seria.

—Portero—dijo el juez de paz—á nombre de la ley os prevengo que vayais en busca de un cerrajero.

El tío Antonio hizo una profunda inclinacion y se dispuso á cumplir con toda la prontitud que le permitian sus años, la honrosa comision que le daba la ley.

Ya habia bajado algunos escalones cuando el justicia le llamó de nuevo.

—Portero, á nombre de la ley requiero y mando me digais si no tiene otra entrada que esta á cuyo frente nos hallamos la habitacion á que os habeis contraido en vuestra peticion de auxilio hecha á la autoridad en la mañana del dia de hoy á las nueve y cuarto y siete minutos de la misma.

—Ninguna otra, señor—contestó el tío Antonio.

—Podeis continuar en el desempeño de la comision que os

he confiado á nombre de la ley; el presunto reo no escapará á la justicia.

—Reo!—interrumpió el portero admirado—usía se equivoca, señor juez, el Sr. D. Alejandro no puede ser reo de ninguna cosa.

—¡Ea! portero, á vuestra puerta!—replicó duramente el juez parodiando al célebre artista de la antigüedad—¿qué teneis que mezclaros en los negocios de Estado? la justicia nunca se equivoca; haced lo que ella os ha mandado y conducid aquí un cerrajero.

El tío Antonio se apresuró á cumplir con la orden de la justicia que el digno magistrado personificaba en su individuo, y volvió á poco con el artesano que se le había mandado conducir.

—A nombre de la ley—dijo entónces cantoneándose y con aire muy grave el juez—os requiero y mando, señor cerrajero, que forceis la cerradura de esa puerta.

El herrero cumplió con su deber introduciendo un cincel entre la cerradura y el contramarco, y empujando con su cuerpo la puerta, que se abrió sin ruido.

—Adelante, portero—dijo el juez al tío Antonio—vos que conoceis las localidades guiadnos en este dédalo de tinieblas.

El portero vió con admiración al hombre de ley, y diciéndose á sí mismo que aquel señor juez de paz era un hombre superior y soltaba palabras muy bonitas, entró á la habitación de D. Alejandro.

A la luz que entraba por la puerta abierta del corredor, escasa porque este se hallaba cubierto, el tío Antonio vió el cuerpo de D. Alejandro tendido en medio de la pieza.

—¡Pobrecito!—exclamó—se ha accidentado.

Y corrió á abrir la puerta de la ventana.

La luz dió de lleno sobre el rostro del cadáver; la sofocación le había puesto negro.

El juez, seguido de sus dos ayudantes sea cercó, y uno de los alguaciles tocó la frente, el corazón y las muñecas del cuerpo:

—Está muerto, dijo.

El juez hizo la misma operación y repitió como un eco:

—Doy fé de ello.

—¿Qué es esto?—agregó, fijándose en el pañuelo de cuadros que oprimía la garganta del que fué D. Alejandro—este hombre se ha suicidado.

—No lo crea usía, señor juez—contestó el tío Antonio—era muy buen cristiano el pobrecito.

—¿Y aquella puerta?—interrumpió el juez que había tenido tiempo para orientarse y reconocer la localidad—para dónde va?

—Al cuarto de nuestro mejor vecino—replicó el tío Antonio—pero está cerrada con llave y además hay un ropero por el lado opuesto; es imposible usar de ella.

—¿Y esto qué es?—dijo el juez, que acercándose á la puerta había notado junto al agujero de la llave una gota de aceite que parecía haber escurrido del interior de la cerradura.

—No lo sé—contestó el portero.

El juez tomó con un dedo la gota de aceite que había notado y la llevó á los labios.

—¡Es aceite!—dijo—¿alguien ha abierto esa puerta.

—Le digo á usted que es imposible, señor juez; no puede abrirse, está condenada.

En aquel momento se oyó un ruido sordo en la habitación contigua y cerca de la puerta; el juez llevó un dedo á sus labios imponiendo silencio y dió dos pasos atrás para dejar espedita la salida, obligando al tío Antonio á hacer otro tanto y dejando libre el paso de la puerta á la persona que iba á en-

trar; porque no cabia duda, alguno trataba de penetrar en la habitacion de D. Alejandro; el ruido era cada vez mas distinto, se comprendia que iba á abrirse aquella puerta. Los alguaciles se agruparon detras del juez de paz y del tío Antonio.

De pronto la puerta se abrió; una de sus hojas ocultó á los que se hallaban en la habitacion y les impidió ver quién entraba.

El Cura dió unos cuantos pasos, y los ajentes de la justicia le echaron el guante. El negocio en que se creia mas seguro le habia perdido para siempre.

LXIII.

Quien debe, paga.

El Cura se habia quedado extático. El juez y los alguaciles se restregaban las manos con placer; comprendian que habian hecho una buena presa. El estupor del buen tío Antonio al ver que el rey de sus inquilinos era un criminal, solo podia compararse con el del Cura, que no podia comprender cómo habia errado el mejor combinado de todos sus negocios y caido en poder de la justicia.

Pasaron algunos momentos sin que ninguno de los actores en tan singular é inesperada escena pudiera pronunciar una sola palabra. Al fin el juez rompió el silencio, y dirigiéndose al Cura dijo:

—¡Desgraciado! tú has matado á este hombre!

El Cura estaba lívido; su sangre fria habitual le habia abandonado completamente; nada respondió.